

turbación que siguió á su restablecimiento, no hallando en el ánimo reposo ni en nada felicidad, tornara Francisco á agitar planes de dominio y gloria : otra vez la perspectiva de los campos de batalla inflamó su fantasía. Hizose el equipo militar, que en aquella época cada aventurero adornaba á su gusto con cuanta riqueza y galas quisiese; y habiendo salido un día á probar sus atavíos al campo, acertó á topar con un soldado de familia hidalga, pero tan pobre, roto y mugriento, que bien se echaba de ver cuán poco le luciera el botín de las campañas. Francisco le llamó, y despojándose del flamante traje, diólo al misero veterano á cambio de su raída ropilla.

Aquella misma noche tuvo Francisco un sueño extraordinario. Hallóse en un soberbio y vasto palacio, cuyas crujías y salones atravesaba uno tras otro, admirando el estilo y la magnificencia de su arquitectura majestuosa. De los muros de mármol y jaspe veía pendiente número inmenso de bruñidas corazas, yelmos dobles, espadas y montantes finísimos, lanzas agudas, y, en suma, toda clase de pertrechos de guerra, que tenían sobre el acero resplandeciente grabada una cruz. Y como Francisco se preguntase á sí propio el destino de aquel arsenal, hubo de oír una voz que decía : — « Son para ti y tus soldados. » — En el propio instante despertó.

Correspondía la visión con los guerreros pensamientos de Francisco, y más que nunca persuadido de que el destino le llamaba á segar el militar laurel (16), afirmó la resolución, obtuvo el consentimiento de sus padres, despidióse de sus alegres camaradas, juntó dineros, procuróse montura y salió de Asís para Espoleto. Era su ánimo seguir los pendones de Gualtero de Brienna, el *Conte gentile*, idolatrado de los italianos por su

caballeresca lealtad, valor indomable y condición generosa, y más que todo, por la continua lucha que sostenía con los alemanes, enemigos natos de la patria. Gualtero defendía contra la despótica ambición de la casa de Suabia la libertad de los Estados, legítima herencia de su consorte, hija del rey de Sicilia; y de las ciudades güelfas le llegaban incesantemente voluntarios entusiastas, que al deseo de gloria unían el de luchar por Italia y por el derecho.

Posó Francisco en Espoleto, y durmióse con la mente henchida de aventuras, de batallas y proezas : y de nuevo otra visión sobrecogió su alma. La misma voz que en el soñado palacio de las armas le hablara, se dejó oír con acento más grave y penetrante, interrogando al absorto mancebo : — « Francisco, pronunciaba, ¿ á quién prefieres servir? ¿ al opulento ó al miserable? ¿ al vasallo ó al rey? » — Y contestando Francisco trémulo, sin dudar un punto del divino origen de la voz : — « Señor, al rey prefiero, » fuéle replicado : — « ¿ Pues cómo lo dejas por el vasallo? » — « ¿ Qué queréis que haga, Señor? » murmuró Francisco. — « Torna á tu patria : allí lo irás sabiendo. » — Volvió grupas Francisco al despuntar la aurora, y de nuevo entró en Asís.

Á la sorpresa que motivaba su impensada reaparición, se agregó la de verle metido en sí, mudo, absorto, alejado del trato y como presa de estupor é hipocondría. Emprendieron sus amigos volverle á los antiguos devaneos y placeres; y sus padres, creyéndole poseído de negro humor, facilitaron los medios de que renovase los solaces juveniles. Otra vez se mezcló con el regocijado bando : mas si el cuerpo estaba allí, ausentárase ya el espíritu. Su voz no tenía las vivas inflexiones de antes, sus ojos no brillaban al

gustar el zumo dorado de las vides. Un día, á los postes de ruidoso banquete, salió cual solía la comitiva á recorrer, cantando y moviendo algazara, las calles de Asís. Llevaba Francisco la insignia de jefe de la turbulenta *corte* (17); pero quedábase detrás de todos, caída la cabeza, abismado en meditación profunda. Imaginaron los mancebos que sólo amorosas ansias podían causar tal embebecimiento, y le interrogaron en festivo tono: — « ¿Qué es eso, Francisco? ¿En qué cavilas? ¿Acaso piensas en tomar mujer? » — Alzó Francisco la frente, y pronunció, cual si hablase consigo mismo: — « Así es, en casarme trato, y será con doncella tan noble y hermosa que no la habéis visto semejante. »

Hiciérasele intolerable el comercio humano, y fué retirando de él. Solitario, dábase á vagar horas enteras á caballo por las cercanías, buscando en el correr del bruto alivio á su inquietud, ó en la vista del campo paz para su alma. En uno de sus paseos divisó, al borde del sendero, tendido un horrible y deforme leproso; y todos sus sentidos de mozo lozano, todo su ser de artista se sublevó de repugnancia y de asco ante aquella viviente podredumbre. Obra fué de un minuto la lucha: inmediatamente, apeándose del corcel, corrió á depositar limosna en la mano del desdichado, sellándole al mismo tiempo con ósculo de paz el carcomido rostro. En vez de náusea, sintió al punto que le inundaba gozo inefable, que corría por sus venas sensación gratisima; y vuelto en sí, miró por toda la extensa llanada y vió que el leproso había desaparecido. Ausente Pedro Bernardone de su casa, hizo Francisco disponer una ancha mesa, con muchos cubiertos y panes: preguntábale su madre el objeto de tales aprestos, y respondió Francisco:

— « Son para todos los pobres que están en mi corazón. »

Eran éstas primeras llamaradas del inmenso volcán de amor que consumió á Francisco; mas todavía no lograra su espíritu orientarse, ni hallar luz clara y plena. Entonces convirtió sus ojos hacia la fuente de verdad, la Esposa con quien mora Jesús hasta el fin de los siglos. Apenas se concibe que haya historiadores empeñados en descubrir gérmenes racionalistas en la obra realizada por Francisco de Asís. Si halló en su conciencia, en su inspiración directa, en el apartamiento, las bases de admirable reforma social, en cambio, cual si quisiese demostrar desde un principio que todo nuevo brote religioso debe arrancar del tronco de la Iglesia, comenzó su vida activa yendo en romería al sepulcro de los Apóstoles, por quienes la Iglesia fué iniciada. Y notando que los romeros dejaban á Pedro y Pablo mezquina limosna, cogió casi todo el oro que llevaba, y arrojóle por la rendija del altar que hacía de cepillo, gritando, no sin asombro de los circunstantes: — « ¿Por qué tan miserables ofrendas al príncipe de los Apóstoles? » (17). — Y saliendo del templo, mezclóse con los mendigos — que á la puerta imploraban la caridad de los devotos, — tomó los andrajos de un pobre, regalándole su vestidura; y se pasó el día entero pordioseando con los improvisados amigos. Muy errado andaría quien creyese que el pisa-verde mancebo de ayer, tocaba hoy, sin hacerse grave y reiterada violencia, las miserias, las fealdades, las groserías de semejante chusma. Nadie poseyó sensibilidad nerviosa superior á la de Francisco; nadie experimentó repulsión más viva hacia lo que afecta desagradablemente la vista, el olfato, el tacto. Tanto era así, que las crónicas refieren ingenuamente la impre-

sión terrible que á su vuelta de Roma le produjo el aspecto de una vieja gibosa, apergaminada y ridícula, que, como poseida del espíritu maligno, se le ponía delante ejecutando extraños visajes y muecas.

Á poca distancia de Asís se alzaba la ruिनosa iglesia de San Damián, sola y desierta, donde Francisco pasaba largas horas arrodillado ó postrado en el suelo, pidiendo al Crucifijo que coronaba el altar, que señalase un fin, un norte á su vida. — « Francisco, repara mi casa, que se hunde » — oyó un día decir á la imagen de Cristo. Francisco no pensó en la gran morada de la Iglesia universal, sino en aquel pobre santuario testigo de sus primeras lágrimas : llamó al clérigo Pedro, encargado de la cura de San Damián; dióle cuanto dinero pudo, rogándole lo invirtiese en aceite, en el culto; tomó géneros del almacén de su padre; cabalgó hasta Foligno, vendiéndolos en la feria, enajenó asimismo la cabalgadura; volvió á Asís á pie con el dinero; ofrecióselo á Pedro, y negándose éste con temor á recibirlo, Francisco depositó la suma en el hueco de una ventana.

Hasta este suceso, el padre de Francisco, con ser de tan distinta condición que su hijo, mostrábase más bien complaciente que otra cosa respecto de él. Escocíanle los despilfarros, torcía el gesto á las bulliciosas diversiones, reprobaba tácitamente el lujo y la largueza del primogénito; pero al cabo iba aflojando los cordones de la bolsa, y ni vedó francachela, ni escatimó galas, ni se resistió á los proyectos belicosos, ni puso coto á la liviana y ociosa vida. Mas cuando averiguó que el importe de los fardos de mercancías vendidos por Francisco se destinaba á reparar un templo, montó, no en cólera, sino en desatentado frenesí. Que un mozo derrochase en placeres, cosa era que aun encajaba bien

en las estrechas casillas del cerebro de Pedro Bernardone; pero que gastase en obras pías, significaba no haber otro camino sino encerrarle por demente. Penetró, pues, el mercader en San Damián, buscando al hijo para desahogar en él su furia : ocultóse Francisco en la habitación del clérigo; y como su padre se aproximase al escondite, se llegó medroso á la pared, y las piedras y argamasa, más sensibles que las entrañas paternas, se ablandaron, formando una hornacina en que se ocultó el cuerpo del perseguido. Pasado el riesgo, huyó Francisco al campo, y se refugió en una caverna de las inmediaciones de Asís. Allí bebía la linfa pura de los arroyos, mezclada con el salado licor de sus lágrimas; comía raíces amargas, insipidas hierbas, el acerbo frutillo de los espinos y zarzamoras, el brote reciente de la morera ó del álamo : allí eran su lecho de reposo los agudos peñascales, su mantel las florecillas de la pradera, su eterna compañía el rumor del hilo de agua rezumado por las hendiduras de la roca, el silbo del viento en las copas de los árboles, el canto monótono de la rana en la ciénaga, el ronco arrullo de la paloma zurita desde su nido salvaje. Allí, en aquella Arcadia trocada en Tebaida por la penitencia, aprendió el alma de Francisco á interpretar el lenguaje de la naturaleza, que de pocos poetas fué expresado con mayor encanto. Allí oyó la voz de todas las cosas unidas en armonioso concierto y subiendo á los cielos, como sinfonía espléndida de la creación. Allí se despertó su ternura inmensa por todos los seres, desde la cigarra que canta en el surco, hasta el Sol radiante que ilumina el firmamento. Allí comenzó á mortificar, á aborrecer su carne mortal, guardándola para la vida eterna. Allí, sin ayuda de hombres, solo con el Autor del universo, se verificó la transformación, y sobre la

larva grosera del cuerpo revoloteó la mariposa del espíritu, irisada con los matices de la luz y de la gloria. Pero cuando Francisco, pasado un mes, abandonó su selvática guarida y tomó á paso lento el camino de Asís, sus compatriotas no acertaron á leer en su rostro las señales de su comercio con el cielo, como más adelante supieron los florentinos advertir en el de Dante las huellas de la bajada al infierno. El vulgo de Asís no vió sino al antes pulcro, elegante y gentil Francisco, que se presentaba en el estado más lastimoso: hecho guiñapos el traje, descalzos los pies, revuelto é inculto el cabello, crecida la barba, la tez marchita, ojerosos los párpados, apagada la pupila y en todo como fuera de sí. Y el instinto secreto de la crueldad popular, que mancha de sangre las páginas de todas las revoluciones, se despertó, y en vez de mostrar piedad al que consideraban misero insensato y era poco ha regocijo de Asís, se arremolinó la multitud en torno suyo, y silbándole y befándole ignominiosamente, ya le arrojaban guijarros, ya infecto lodo, ya le tiraban de los andrajos, ya le escupían y empujaban; y los chicuelos se divertían en hostigarle, y los perros famélicos le mordían, instigados por el furor público y por su natural aversión á las personas de miserable aspecto. Entre grita, algazara y escarnio seguía Francisco su camino, sin oír quizá las vociferaciones de la muchedumbre más de lo que oye el gran navío el mugir de los mares que va cortando su proa.



## NOTAS.

(1) La casa solariega de Francisco era tan vasta, que con el tiempo pudo edificarse un convento en el circuito de sus muros á petición de Felipe III de España.

(2) Si bien Chavín de Malán y otros autores fijan el nacimiento de san Francisco en el año 1182, el P. Palomes, siguiendo la cronología rectificada de Fr. Pánfilo de Magliano, lo pone en 1181. Los presagios de la venida de Francisco al mundo deben corresponder, según esto, al mismo año.

(3) La devoción transformó después este establo en una ermitilla ú oratorio, bajo la advocación de *San Francesco il Piccolo* (San Francisco el Pequeño). En el dintel de la puerta escribióse la siguiente leyenda en caracteres de oro: — *Hoc oratorium fuit bovis et asini stabulum, in quo natus Franciscus mundi speculum.* (Esta capilla ha sido el establo del buey y del asno, donde nació Francisco, espejo del mundo.)

(4) Conservóse en la iglesia la piedra cercada de una verja de hierro.

(5) Según Chavín de Malán, en memoria del Evangelista, discípulo amado que se recostó sobre el corazón de Jesús, y según Palomes, del Precursor Bautista.

(6) « En la pluma fué diestro y primoroso, de que da testimonio cierto la regla de su seráfica Orden, que escrita de su mano guarda en su relicario la santa iglesia colegial de Pastrana, en el reino de Toledo. Está escrita en unos pergaminos ó vitelas muy delgadas y largas, como se usaban en aquellos tiempos, de donde sacaron los libros el nombre de volumen. Estos pergaminos se descogen y recogen en un torno de plata, que está cubierto y ceñido de una caja también de plata sobredorada, con ventanicas de cristal, de tan vistosa curiosidad, que en ello lo primoroso de la labor excede á la preciosidad de la materia. Dió esta reliquia el Ilustrísimo Sr. Don Fray Pedro González de Mendoza, hijo legítimo de los Excmos. Duques de Pastrana, que murió siendo obispo de Sigüenza, habiendo sido en la Religión Seráfica Comisario general de esta familia cismontana. Guárdase en el sagrario

de esta ilustre iglesia con gran veneración y aprecio. Yo la vi, y la leí, no una, sino algunas veces, con admiración de la hermosura y buen aire de la letra, y con mucha ternura de mi corazón. » — (Fr. Damián Cornejo, *Crónica Seráfica*.)

(7) Francia descollaba á la sazón en ambos ramos, tanto cuanto puede verse en el libro novísimo de Emilio Gebhardt, *Origines de la Renaissance en Italie*.

(8) Llamábase lengua de *oïl* al dialecto que se hablaba en el norte de Francia, y de *oc* al del mediodía.

(9) Éste es el común sentir acerca del origen del nombre de Francisco, por más que Chavin de Malan (*Histoire de Saint François d'Assise*) opine que fué debido á hallarse su padre en Francia cuando nació el niño.

(10) Por el testimonio de Fr. León, compañero y confesor de san Francisco, y que le vió en sueños empuñando un manojo de azucenas, se conserva la tradición piadosa de la virginidad del Santo. Si bien parece que la vida disipada de sus primeros años era poco favorable á la pureza de costumbres, es de advertir que ni en la historia ni en la leyenda se hallan rastros de mujer alguna que figurase en los bulliciosos festines por Francisco presididos; y conviene asimismo tener en cuenta que las diversiones importadas de Provenza no carecían de muchos perfiles de delicadeza. Por lo mismo que refinaban, entronizaban y consagraban el amor y la galantería, imponían una especie de caballescía y anticipada fidelidad á cierta dama ideal, señora de los pensamientos de su caballero.

(11) Esta pintura fué ejecutada en 1230, por disposición de fray Elías.

(12) El cráneo de san Francisco en este retrato corresponde al tipo llamado *braquicéfalo*, es decir, más ancho que prolongado: pero lo modifica la grande altura de la frente y la forma ovalada del rostro. Si las indicaciones que se basan en el tipo del cráneo fuesen indiscutibles, podríamos deducir que san Francisco pertenecía á la pura raza etrusca. Pero es muy dudosa la determinación exacta de la raza por la forma del cráneo.

(13) He aquí cómo describe la figura de san Francisco una monja española, sor María de la Antigua, refiriéndose á una visión que tuvo de él: — « Era entrecano, aunque no mucho: los ojos tenía algo en cuenca, y no muy grandes ni pequeños: el color era más moreno que blanco: el rostro más aguileño

que redondo y enjuto: el cerquillo bajo y humilde: el hábito parecía blanco por el gran resplandor. No vide el cuerpo, porque todo estaba dentro de una nube. » (*Desengaño de Religiosos*, libro V, cap. 1.)

(14) La mayoría de los cronistas de san Francisco consigna que se batió denodadamente en esta ocasión. Según Tomás de Celano, era Francisco « audaz en extremo y sediento de gloria ».

(15) « Treinta y dos torres ceñían ó amenazaban á Ferrara: ciento envolvían á Pavia. En Florencia la pesada arquitectura de los edificios, de enormes pedruscos salientes, de estrechas ventanas, de ferradas puertas, atestiguan aún aquel estado de guerra permanente de vecino á vecino. » (Cantú, *Historia Universal*.)

(16) En aquella época solía decir de sí: *Scio me magnum principem futurum*. (Sé que con el tiempo seré un gran príncipe.)

(17) Era una especie de báculo ceñido de flores.

(18) *Cum princeps apostolorum sit magnifice honorandus, cur isti tam parvas oblationes in ecclesia faciunt ubi corpus ejus quiescit?*

